CUENTOS SIN CORONA

la gran gran mascota

AUTORA: MIREYA TABUAS
ILUSTRADORA: BEGO IZARRA

La gran gran mascota

Martín quiere una mascota. Todos los días se lo pide a su abuela. “¡Andaaaaa, Iela, por favooor!”. Promete que la cuidará, que le dará de comer, que limpiará el pipí y el pupú. “¡Te lo jurooo!”. Pero nada, la abuela de Martín no cede ante sus ruegos y se lo dice: “Aquí en casa no vamos a tener nunca un animal”.

Martín vive en la costa con su abuela. De su mamá recuerda muy poco, su silbido apenas...¡Fiuuuuu!... A su papá casi no lo ve porque trabaja manejando un camión. La casa de Martín es pequeña y está muy cerca de la playa. A él le encanta el mar. Siempre se imagina cómo sería caminar por la orilla del mar con su mascota. Si tuviera una mascota cavarían juntos en la arena, nadarían hasta lo hondo, jugarían a perseguirse. Si tuviera un amigo también. Pero Martín no tiene amigos. Ni mascotas. Está solo.

Proyectos de mascotas tuvo muchos. Por su casa pasaron un pajarito que recogió herido en el parque, dos tortugas que compró en la tienda y un pollito pintado de azul que se ganó en una rifa. Algunos se murieron y otros su abuela terminó regalándolos a algún vecino.

Después vinieron intentos mucho más serios.

Un día Martín llevó un perro a su casa. Era peludo y negro. Un perro de dientes blancos, de uñas afiladas y ojos brillantes. Lo vio deambulando por la calle y le compartió su desayuno. El perro movió la cola y lo siguió a casa. Lo llamó Pizarrón, porque en la escuela de Martín la pizarra es negra como él. Martín le enseñó todo: "Aquí está la cocina, aquí el baño, aquí mi cuarto, aquí la sala". Pero el perro no aprendió lo del baño. Cuando llegó la abuela de Martín, Pizarrón se había hecho pupú en medio de la sala. La abuela lo echó. "No quiero animales en casa", repitió. Martín más nunca volvió a ver al perro. A su perro. A Pizarrón.

Más adelante, cuando Martín vio a la gata amarilla montada sobre el muro, decidió que la llevaría a casa, que la escondería en su cuarto, que sería su secreto. La gata ni siquiera movió la cola

cuando la llamó “Mermelada”. Le puso ese nombre porque era parecida a la mermelada de mango que hacía su abuela. La gata no parecía interesada en Martín. Se dejaba acariciar, sí, mientras miraba al horizonte distraída. Pero Martín la dejó sola un minuto y Mermelada destruyó su edredón y las cortinas, tiró todos los juguetes y los libros de la biblioteca y no contenta con eso se fue al cuarto de la abuela y destejió la colcha bordada por ella, quebró un frasco de perfume, abrió los estantes y mordió la ropa que había allí. Cuando su abuela llegó del trabajo, vio horrorizada el desorden y lanzó a Mermelada por la ventana. Menos mal que es una ventana bajita y que además los gatos tienen siete vidas (y las gatas también). Mermelada duró menos tiempo en casa que lo que dura un frasco de mermelada en la nevera. Y la abuela castigó a Martín. Más nunca vio a su gata. A Mermelada.

Entonces Martín se dijo a sí mismo: “¡Por qué no lo pensé desde el principio!”. Un animal tan pequeño no lo notaría su abuela. Se fue para el callejón más oscuro y allí lo encontró, tratando de refugiarse en una guarida. Se acercó poco a poco. El animal lo miró y trató de entrar en un hueco en

en la pared. Martín lo llamó. No respondía. Trató de agarrarlo. No se dejaba atrapar. Finalmente logró tomarlo por su larga cola, lo metió en la caja y se lo llevó a su casa. Lo llamó Invisible porque estaba seguro de que a ése su abuela sí que no lo vería. Pero el ratón, inoportuno, salió en la noche de la caja y se subió justamente al sofá cuando la abuela estaba viendo la telenovela. Ella gritó despavorida, corrió a buscar su escoba y no paró de perseguir al roedor hasta que se aseguró de que más nunca pisaría la casa. Al día siguiente, Martín lo enterró en el jardín y así despidió a su ratón. A Invisible.

***

Han pasado los días. Martín no se resigna. Sigue soñando con tener una mascota. Es sábado y no hay colegio, su abuela se va a trabajar a su puesto de empanadas y Martín no sabe qué hacer. Muchos compañeros de su salón están pescando con sus padres, otros juegan en la pequeña cancha de fútbol. Pero Martín no hace nada de eso. Camina solo por la playa, recoge piedras. Ha intentado que sean sus mascotas, pero las piedras son poco cordiales, nunca responden.

Empieza a caminar hacia el lado más solitario de la playa. Entonces la ve, allí, en la arena, gigante como una montaña azul. Es una ballena. Una ballena real, no de cuentos. Una ballena gorda, pesada, fenomenal.

Al principio le dio miedo. Era como del tamaño del camión que maneja su papá. Pero también era brillante. Pulida. Estaba tranquila. Se acercó a ella con lentitud. La tocó levemente. Sintió que estaba húmeda y caliente. No le supo poner nombre. Pero se quedó mirándola con ganas de preguntarle si quería ser su amiga. Si quería ser su gran gran mascota. Se sentó a su lado y de pronto se imaginó recorriendo con ella el infinito océano. Sabía que no podía llevarla a su casa, porque era más grande que esta y su abuela no la dejaría entrar, pero le animaba la idea de verse a diario con esta gigante, allí, en la orilla. Trató de empujarla un poco a ver si volvía al mar. Y él con ella. Pero ella permanecía en el mismo lugar, como si estuviese muy muy muy cansada.

Entonces Martín comenzó a silbar esa melodía que cuando era muy pequeño le enseñó su mamá... ¡Fiuuuu!...La ballena abrió un instante los ojos y lo miró.

Él supo lo que le estaba pidiendo.

Martín sabía que una ballena no puede vivir en tierra, es un animal marino, necesita de toda la profundidad del océano.

Intentó empujarla. Una y otra vez. Pero obvio que era imposible, era como empujar el camión de su papá o un barco de esos grandotes que se ven a lo lejos.

Ahí Martín supo que necesitaba ayuda, que no podía solo. Le dijo a la ballena “ya vengo” y corrió hasta el puerto de los pescadores, hasta la cancha de fútbol, hasta el puesto de empanadas de su abuela. “Ayúdenme”, gritaba a todos.

Todos lo siguieron y entonces la vieron. “¡Una ballena varada!”, gritó alguien. “Está muerta”, dijo otro. Nadie se atrevía a acercarse. Todos la observaban sin saber qué hacer. Excepto Martín, que no solo se paró junto a ella sino la acarició.

“Es mi gran gran mascota”, le dijo a su abuela.

Y su abuela asintió.

Entonces Martín silbó...¡Fiuuu!

La ballena abrió los ojos.

“Está viva”, vitorearon todos y se pusieron manos a la obra. Los pescadores trajeron sus lanchas, rodearon a la ballena con unas cuerdas muy gruesas, los que estaban en tierra comenzaron a

empujarla y los de las barcas a arrastrarla. Los hombres ayudaban, las mujeres ayudaban, los niños y niñas ayudaban, hasta su abuela ayudaba. Era tan pero tan pesada la ballena que pensaron que no lo iban a lograr. Tardaron horas. Pero sucedió lo que parecía imposible. Entre todos la movieron de la arena, lograron que el enorme mamífero marino saliera del atascadero, y llegara a lo profundo del agua. Sintiéndose ya libre, la ballena primero alzó la enorme cabeza, respiró profundo, lanzó un chorro de agua, luego se hundió y Martín solo pudo ver su enorme cola en forma de V.

***

Han pasado varios meses desde el día en que le dijo adiós a la ballena. Ahora Martín tiene en casa sus propias mascotas, se las regaló su abuela: son un montón de peces de colores que viven en una pecera. También tiene amigos en la escuela, en el pueblo y en la cancha de fútbol. Todos dicen que es un héroe: el niño que salvó a la ballena.

Pero él sigue caminando solo por la orilla del mar todos los sábados. Sin embargo, no está triste. Busca a lo lejos, en lo hondo, a su enorme amiga.

Más de una vez la ha visto. Entonces la saluda a la distancia, silbando esa melodía que los dos saben... ¡Fiuuu!...

Y ella, allá en el horizonte, le responde sacudiendo la cola en el agua y haciendo una enorme ola que llega a la orilla y moja sus pies.

Escrito por Mireya Tabuas
Ilustrado por Bego Izarra

.

Actividades propuestas

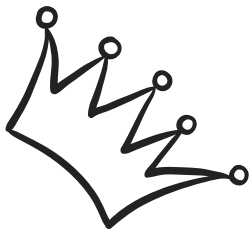
- Dibuja a Martín con su ballena. Pero, ¡ojo!, tienes que revisar bien las proporciones, pues una ballena es muchísimo más grande que un niño.

- En este cuento se nombran muchos animales. Te propongo un reto: Anota todas las letras del abecedario y escribe el nombre de un animal que empiece con cada una de ellas. Por ejemplo:

  A:
  Alcatraz
  B:
  Ballena
  C:
  D:
  ...

- ¿Sabes silbar? ¡Inténtalo!

CUENTOS SIN CORONA



Este es un proyecto sin fines de lucro que se propone la difusión online de literatura infantil y juvenil, para acompañar a los niños y adolescentes, y también a sus familias y escuelas, en tiempos de coronavirus.

Cada historia estará apoyada de propuestas de actividades complementarias a la lectura.

Textos e imágenes han sido donados por los autores para este proyecto exclusivamente.

Mayo 2020

Contactos:
Autora: mtabuas@gmail.com
Ilustradora: pinturasdepalo@gmail.com

Todos los cuentos del proyecto puede leerlos en
http://www.mireyatabuas.com/cuentos-sin-corona/